

## EL SISTEMA PADRE REVOLUCIONARIO, HIJO POPULISTA, ¿NIETO CONSERVADOR?

---

*Lorenzo Meyer:* Es muy frecuente que en política la forma sea parte del contenido. Como miembro de *Nexos*, no puedo menos que reconocer la singularidad del debate en que nos hemos enfrascado en torno a la crisis mexicana. Creo que entre nosotros es algo muy singular este intercambio público de ideas entre altos funcionarios del gobierno y un grupo donde dominan las voces independientes. Quizá es parte de un nuevo estilo de gobernar. Para algunos este tipo de debate entre el poder y la crítica pudiera ser visto como un error del gobierno. Yo creo que no es el caso; al reconocer a la disidencia y darle una respuesta directa y particular, se le está concediendo una importancia sustantiva. Pero a cambio de eso, el poder deja de estar hablando solo, en el vacío como en gran medida es el caso. Al contar con interlocutores, la política oficial adquiere un poco más de vitalidad, de realidad. Como dijo Reyes Heróles: “lo que resiste, apoya”.

La crítica, nos recuerda Miguel Limón, tiene la ventaja sobre aquellos a quienes critica, que está “liberada de la responsabilidad del ejercicio del poder”, es decir, que es irresponsable, que es “diletante”. Efectivamente, esa es una de nuestras ventajas por no decir la única, pero a cambio tenemos que enfrentar obstáculos bastante grandes; entre los muchos privilegios de los poderosos en este país está el de contar con información que le es negada a quienes se encuentran fuera de los altos círculos oficiales. Información fidedigna es poder, y de ese poder está ayuna la opinión

independiente. Por otro lado hay que admitir que la responsabilidad de nuestros líderes es bastante relativa: ante sus errores ¿quién puede exigirles cuentas de manera efectiva?. ¿Acaso un poder legislativo dominado desde hace buen tiempo por un partido oficial que a su vez responde a la presidencia? ¿Será el poder judicial, sin independencia desde el siglo XIX? ¿O posiblemente los partidos de oposición que cuando más pueden aspirar a diputados y alcaldías?

Si realmente el poder en México fuera responsable, es decir, si pudiera ser llamado por la sociedad civil a *responder* en relación a acciones políticas fundamentales, entonces quizá la crisis que ahora ocupa nuestra atención no se hubiera presentado. Es obvio que uno de los más graves problemas estructurales de nuestro sistema político lo constituye precisamente el hecho de que carece de mecanismos de autocorrección que le permitan detener los errores de sus dirigentes cuando aún hay tiempo para enmendarlos. Si en nuestro sistema hubiera forma de tomar en cuenta aquellos "irresponsables" que pusieron en duda la política del *boom* petrolero —por sólo citar uno de los casos más obvios—, entonces quizá no nos hubiéramos visto arrojados a esa loca carrera del endeudamiento externo que nos condujo a acumular, con poco sentido, una de las deudas más grandes de la historia económica mundial. Y ejemplos de este tipo hay más de los que uno quisiera. Definitivamente, no le sienta a nuestros funcionarios hablar de "responsabilidad" e "irresponsabilidad", pues están arrojando piedras viviendo en casa de cristal.

Pasemos ahora a lo que parece ser la sustancia de las respuestas de los señores subsecretarios a sus críticos: la naturaleza del proyecto político. Consideran incorrecto e injusto que se diga que la actual administración carece de un proyecto político. El proyecto, nos dicen, sí existe y tiene como marco o "modelo" a la constitución. Esperemos que efectivamente así sea, pero se ha de admitir que este modelo ha operado desde sus inicios en una atmósfera de irrealidad. Las verdaderas reglas del juego político mexicano no han sido siempre los preceptos constitucionales, es decir, cosas

como la división de poderes, el federalismo, el respeto al voto o a los derechos individuales, etc. Por lo tanto espero que se nos disculpe a muchos mexicanos si ahora nos encontramos un poco dudosos respecto a cuál es el modelo dentro del que se enmarca el proyecto específico de este gobierno.

Conviene abordar ahora el tema del proyecto mismo. Varios de los señores subsecretarios afirman que el proyecto que están poniendo en marcha no sólo existe sino que es resultado de múltiples consultas populares hechas durante la campaña presidencial o previas a la elaboración del PLAN NACIONAL DE DESARROLLO (PND).

De nueva cuenta, se trata de un planteamiento muy general y que no nos dice cómo va a reaccionar el gobierno ante problemas específicos. Las consultas populares en sus varios formatos y etapas fueron básicamente un arreglo "desde arriba", un diálogo en la cúpula, el mexicano común y corriente estuvo tan alejado de ellas como de todo el proceso de toma de decisiones. (Digo esto basado, entre otras cosas en mi propia experiencia personal puesto que marginalmente participé en una de las consultas que precedieron a la presentación del PND). Obviamente este tipo de consulta no puede ser la base sustantiva del actual proyecto político. En mi opinión, la base real de tal proyecto es simplemente la necesidad de conservar la esencia del sistema frente a las demandas más graves surgidas de la crisis económica.

No se debe culpar a mis colegas si en el número anterior de esta revista se atrevieron a sugerir que "no había proyecto"; era simplemente una manera de subrayar la distancia que a sus ojos hay entre los enunciados generales del gobierno y sus acciones concretas; distancia que, por otra parte, siempre se ha presentado en la historia política mexicana. Pero tienen razón los señores subsecretarios: proyecto sí lo hay aunque éste se encuentra menos en los documentos elaborados en las oficinas gubernamentales y más en los hechos concretos.

Como en la crisis de 1929 a 1933 el proyecto actual es conservador, posiblemente porque no hay otra alternativa "responsable" si se quieren mantener las variables centrales de nuestro sistema

económico y social. Lo verdaderamente difícil de este proyecto, es que desafortunadamente el gobierno no tiene mucho control, por no decir ninguno, sobre ciertas fuerzas que afectan al diario vivir de la mayoría de los mexicanos. En efecto, nuestras autoridades sólo pueden reaccionar pero no influir frente a cambios en el precio mundial de nuestra principal exportación: los hidrocarburos. Como en tiempos que creíamos idos nuestras ventas al exterior dependen de un solo producto, que para colmo es un recurso natural no renovable. Tampoco pueden hacer gran cosa en relación a los cambios en la tasa de interés prevaleciente en el mercado de capitales de Londres —cada punto que ésta suba o baje significa ochocientos millones de dólares que pagamos o nos ahorramos. Finalmente México poco puede hacer nada para reactivar la economía mundial o para influir en el ánimo de los grandes bancos mundiales de tal manera que podamos renegociar nuestra deuda externa o adquirir nuevos empréstitos en términos favorables. Es sólo en asuntos realmente internos donde nuestros gobernantes parecen tener más control, por lo menos hasta ahora. Me refiero a la disminución drástica de nuestras importaciones, al control de la salida de capitales, a la disminución del gasto público, y desde luego al control de los aumentos salariales a través del movimiento obrero oficial.

Es esta necesidad de forzar y mantener una contracción de los salarios reales y de los subsidios como forma de combatir la inflación, lo que ha llevado a nuestros gobernantes a renegar en un plano un tanto filosófico del antiguo populismo, política muy favorecida por los gobiernos revolucionarios e institucionalizada por Cárdenas. En realidad el populismo ha sido el camino por el cual el nuevo régimen se ha acercado a lo popular y ha sido el instrumento que le permitió mantener el control autoritario sobre nuestra vida política sin necesidad de llegar, más que de tarde en tarde, a la represión y a la exclusión. Esta situación ha contrastado con la de muchos países de América Latina, que por carecer de la rica experiencia histórica que nos legó la revolución mexicana, no cuentan con un partido oficial y dominante basado en organizaciones de masas que les permita hacer un uso menos directo de

la fuerza. El proyecto actual consiste, en buena medida, en echar por la borda y sin mucha ceremonia al viejo populismo, valga decir, al viejo PRI y al viejo tipo de estabilidad.

Sin el populismo ¿cuál es la base social en la que se puede sostener el nuevo proyecto? Por el momento su viabilidad se encuentra en el mantenimiento de la inercia social, y a corto plazo no importa mucho la base social que se escoja, que en cualquier caso tendrá que ser más reducida que la anterior. Por más de sesenta años no ha existido entre nosotros una verdadera oposición, un auténtico juego de partidos fuertes —el autoritarismo no lo permitió— y va a pasar un buen tiempo antes de que la sociedad civil pueda dar forma a organizaciones alternativas, pues es un esfuerzo cuesta arriba y esto gana tiempo para el proyecto actual. En el corto plazo, y si no se cae en aberraciones, el gobierno no tiene rivales fuertes. De todas formas, y curándose en salud, nuestras autoridades buscan una nueva base de legitimidad: el combate a la corrupción y un mayor respeto para los triunfos electorales de la oposición, triunfos que por el momento son básicamente de la derecha puesto que la izquierda aún no ha sido capaz de descubrir la forma de movilizar en su favor a una parte sustantiva del electorado. Todo esto se presenta menos como resultado de la crisis y más como una voluntad autónoma de “modernización” del sistema, como una etapa más en el inacabable camino de la revolución mexicana. Pero nadie se engaña, la lucha contra la corrupción sólo se inició cuando el sistema ya no pudo ofrecer un crecimiento sostenido del producto bruto interno; los triunfos a la oposición sólo se reconocen ahora que el gobierno toma distancia respecto a la CTM por no poder otorgar aumentos salariales sustantivos.

En fin, no es por amor sino por fuerza que el sistema político que conocemos se está modificando. ¿Cuán profundas y en qué sentido son estas modificaciones? En realidad es muy temprano para dar respuestas definitivas. Aparentemente la crisis ha llevado a que el sistema se abra y nos proponga dejar atrás añejas prácticas autoritarias. A cambio de un rechazo del populismo se ofrece un mayor juego de los partidos de oposición —y la consi-

guiente pérdida relativa del poder del PRI— junto con mayor eficiencia administrativa y menos corrupción. En cualquier caso, estos partidos minoritarios podrán recibir una parte de la responsabilidad de gobierno a cambio de que encaucen la creciente frustración social por el “buen camino”, es decir, que eviten la violencia y la destrucción de las instituciones. Desafortunadamente también existe la posibilidad de que si este proyecto no resulta y el sistema se siente acorralado, entonces vuelva a sus viejos instintos autoritarios y represivos —la saña con que recientemente la policía disolvió una manifestación de normalistas en la ciudad de México muestra que esta posibilidad nunca está muy lejos— pero sin las bases masivas que tuvo en el pasado. El giro podría dar como resultado un autoritarismo de peor cuño. Para concluir, un indicador menor de cuál camino es el elegido será ver si este diálogo entre “responsables” y “diletantes” que hemos iniciado en esta revista, continúa o no.